



Los palacios de Villena.

I.

En la parte oriental de la ciudad de Toledo y plazuela que llaman del Tránsito, existen todavía unas venerables ruinas, que por la solidez de sus arcos y machones parecen ser de fábrica muy remota, y restos quizá de algún palacio de reyezuelo moro. La devastadora mano del tiempo, que nada perdona, ha hecho tales estragos, que solo quedan de su primitiva grandeza algunos sótanos, especie de catacumbas, cuya terminación nadie hasta el día ha podido descubrir.

Se conserva la tradición que sobre esas bóvedas y subterráneos se alzaba, hace más de quinientos años, un suntuoso edificio, que fué morada, por concesión de los reyes, del célebre marqués ó duque de Villena y conde de Cangas y Tineo, D. Enrique de Aragón, maestro de Santiago y primo hermano del rey D. Juan II. Los que hasta nuestros días han habitado aquellos laberintos y oscuras cavernas, no vacilan ni temen asegurar que en estos tenebrosos lugares era donde el hechicero marqués hacía sus terribles evocaciones y conjuros, y ponía en juego las diabólicas artes que había aprendido de la magia negra, hasta quedar metido en la redoma, como lo refieren nuestras consejas. Sea de esto lo que quiera, y no tratando de disputar á estas buenas gentes su creencia, que transmitida de padres á hijos la conservan religiosamente, lo cierto es que los palacios que allí hubo, cuyas ruinas conservan hasta hoy el título de *Palacios de Villena*, pertenecieron al estado de ese nombre y al ya citado don Enrique.

Devuelto aquel á la corona por la muerte del infante, parece que el rey D. Pedro, llamado por unos el Cruel, por otros el Justiciero, los dió á su tesorero mayor, el judío Samuel Levi, quien después de haber servido fielmente á su señor, sufrió un crudo tormento, quizá en las mismas cuevas que aun subsisten, para que entregase hasta la última dobla de sus hacinaos y muy ocultos tesoros. Posteriormente, queriendo dar una prueba solemne de su aprecio el rey D. Enrique IV á su gran privado D. Juan Pacheco, y premiar los muchos servicios que le había prestado, á más de hacerle duque de Escalona, le dió el honroso título de marqués de Villena, y con él los palacios en cuestión, que pertenecieron al primero que llevó ese

nombre, y en el año 1525, que es al que se refiere nuestro artículo eran propiedad de su hijo D. Diego López Pacheco, segundo duque de Escalona, y también marqués de Villena. Muy suntuosos debían ser estos edificios, y muy rico y costoso el adorno de sus habitaciones y dependencias, pues el día antes de cierta entrevista del emperador con el condestable, se encontraba nuestro D. Diego muy tranquilo y descuidado en su morada, sin el menor antecedente de lo que había de suceder, cuando recibió un mensaje del monarca en que le hacía presente, con los términos más corteses y galantes, que sería muy de su agrado que durante la residencia de la corte en Toledo hospedase en su mismo palacio al duque de Borbon, que por lo esclarecido de su sangre y eminentes servicios prestados á la España era muy digno de ocupar las casas de un tan gran caballero como el duque de Escalona. Sorprendido quedó el noble castellano de tan intempestiva demanda, y acordándose de la no interrumpida lealtad de sus ilustres antepasados, y de las muchas heridas que él mismo recibiera en la conquista de Granada defendiendo lealmente á su rey, no pudo contener su indignación al verse comparado con el traidor infame que había vendido y hecho armas contra su soberano y pariente hasta un extremo tan escandaloso. Pasado el primer ímpetu, y ya un poco más tranquilo, con la mayor energía y serenidad contestó al mensajero de Carlos lo siguiente: — «Decid al emperador que el duque de Escalona nada puede rehusar á S. M., y así desde este momento puede contar con la casa y cuanto en ella se contiene para honrar al condestable, á cuyo fin su dueño y toda su servidumbre la abandonarán al punto; pero que si el condestable de Borbon pone los pies en ella, no estrañe S. M. abraza hasta los cimientos, y reduzca á cenizas, luego que salga de él, un palacio manchado é inficionado con la presencia del más perverso de los traidores, y por consiguiente no pueda volverlo á habitar en adelante sin mengua y baldon un hombre honrado.» Respuesta digna de un noble, que, como todos los de su estado, veía con el más profundo sentimiento la régia acogida é inmerecidos obsequios que se tributaban á un criminal abyecto y envilecido.

El mensajero llevó la contestación al monarca, que no pudo concebir cómo el pundonor y delicadeza castellanos llegasen hasta el punto de detestar de este modo el crimen de Borbon. á pesar de sus

16 DE JUNIO DE 1850.

importantes servicios; pero una vez ya mandado, no se revocó la orden; el condestable pasó á ocupar la casa de Villena, quien, no sin gran sorpresa, la encontró desierta y abandonada de su señor, que á pocos días salió de Toledo á ocupar su puesto de general en jefe del ejército de Italia, vacante por la prematura muerte del célebre Pescara.

II.

En uno de los primeros días del mes de enero de 1526 se alzaba sobre el horizonte por la parte superior de la casa del duque de Escalona, marqués de Villena, una columna de humo espeso y negro, que, estendiéndose á medida que se elevaba por la atmósfera, oscurecía los rayos del sol. En pocas horas, á pesar de los esfuerzos del vecindario que acudió con precipitación á apagar el fuego, quedó reducido á cenizas uno de los edificios mas suntuosos y antiguos de la imperial Toledo. El público se echó á discurrir como tiene de costumbre en estos casos, sobre el origen y causas que habían motivado esta catástrofe. Unos lo achacaron á descuido ó impremeditación de los criados; algunos lo atribuyeron á la perversa intención de enemigos ocultos, y para estos fué el resultado de una monstruosa venganza; pero otros, observando con extrañeza la impasibilidad y poco empeño de la familia porque se contuviesen los estragos del fuego, suspendieron el juicio y tuvieron este accidente por un misterio que solo el tiempo podía aclarar; la noticia llegó á

palacio, y recordando el emperador las palabras del duque y la asombrosa exactitud con que las había realizado, se amostazó un poco, no sin llenarse de asombro al considerar la diferencia entre el modo de pensar de un noble español y el de un príncipe gantés. La nueva de este suceso llegó igualmente hasta el fondo mismo de la prisión de Francisco I, y tuvo gran placer en saber la lección que había dado el altivo castellano al pérfido é inicuo condestable.

Andando el tiempo, llegó el año de 1527, y el 6 de mayo, en el asalto de Roma por los imperiales, murió malamente de un mosquito el condestable. Sus tropas tomaron la ciudad santa, y ni los paganos, y bárbaros hunnos, vándalos y godos, la trataron con tanta crueldad como lo hicieron entonces las tropas que acaudillaba el apóstata Borbon. La historia carga sobre este perjurio la infamia y abominación de un día tan horrible: día de luto y de desolación para toda la cristiandad. El duque de Escalona, D. Diego Lopez Pacheco, sirvió lealmente á sus reyes, y contribuyó eficazmente á la rendición de Granada, y lleno de honores y mercedes, falleció tranquilamente rodeado de los suyos el 6 de noviembre del año de 1529.

De tan grandes recuerdos, de tanta magnificencia y ostentación, no queda al presente, como dejamos indicado, mas que una mole informe y ruinosa, sobre la cual crece la yerba en abundancia, habitada en sus interiores laberintos por alguna familia indigente, que á no encontrar otra morada para libertarse de la inclemencia, se conforma en tener por huéspedes á los murciélagos y demas aves nocturnas que han fijado allí su domicilio.



(Vista general de Toledo tomada desde las ruinas del circo Máximo.)

ESTUDIOS HISTÓRICOS. CANTORES ANTIGUOS.

(Conclusion.)

V. BARDOS.

Uno de los pueblos setentrionales mas notables de la antigüedad es sin duda la gran nación de los celtas, que llegó á extenderse desde las orillas del golfo Adriático hasta las fronteras de la Tracia, atravesó la Germania para penetrar en las Galias, en Irlanda, en Escocia y en España, y acabó por relegarse á la Armórica ó Bretaña francesa y al país de Gales, en Inglaterra, en donde todavía se habla su lengua.

Los celtas tenían por ministros de su culto á unos hombres llamados druidas, que eran consultados como oráculos y constituían la primera de las dos clases del estado; la segunda la formaban los caballeros; y los hombres de la plebe eran mirados como esclavos.

Estos druidas, que celebraban sus misterios en los bosques, tenían por principal ocupación propagar sus leyes, sus doctrinas y sus historias por medio de pequeños poemas y cantos que debían aprenderse de memoria. Los druidas curetes eran los intérpretes de las leyes, y sus sentencias se miraban como sagradas. A los druidas estaban subordinados los bardos, los cuales existieron entre los irlandeses

y los montañeses de Escocia ó caledonios, y entre los habitantes del principado de Gales, resto de los antiguos bretones de Inglaterra, y pueblos todos de raza céltica, como lo eran los galos. Si los dialectos de estos países juntamente con el de la baja Bretaña tienen gran semejanza, mucho mas se parecen sus bardos en sus ocupaciones y en otras cosas á ellos referentes.

El druidismo fijó su asiento principal en Chartres, que se consideraba como la capital de la Galia céltica; en ella tenían su colegio los druidas. Estos sanguinarios sacerdotes celebraban allí sus asambleas generales, bajo el nombre de *Autricum*, y mantenían una escuela para que solo los jóvenes de la nobleza acudiesen á instruirse en los misterios de su orden. Tenían ademas en aquel punto y en otros varios del reino muchos colegios para la educación de los bardos, en donde les enseñaban su poesía mística ó fabulosa, la historia, la elocuencia, las leyes y la música. Cuando el alumno había concluido el curso de sus estudios, que á veces duraba doce años, tomaba el grado de *Oilmach* ó doctor, y entonces estaba apto para desempeñar todas las dignidades de su orden, y llegaba á ser *Fílea*, *Breitheamh* ó *Seánacha*, dignidades que en un principio recaían en una misma persona, pero que despues fueron separadas por la dificultad de llenar sus deberes á un tiempo mismo.

Los bardos de la primera de estas tres clases, especialmente en los países en donde estaban subdivididos, eran esencialmente poetas druidicos. No todos estos vates componían solo himnos religiosos ó cánticos guerreros, sino que hacían tambien poesías satíricas. Diódoro

de Sicilia dice positivamente que los bardos alaban á unos y se burlaban de otros. Estos bardos principales, rodeados de una guardia propia, marchaban á la cabeza del ejército, ó seguían de cerca al caudillo ó régulo de quien dependían. Iban vestidos de largos ropajes blancos, con arpas en las manos, y rodeados de una multitud de artistas músicos. Estaban presentes en la batalla para excitar el valor de las tropas con odas y cantos guerreros, y dar también la señal con sus gritos en los momentos del peligro ó de la victoria. El *irish cry*, grito de Irlanda, que es una especie de música guerrera, acaso traiga ese origen.

En el mismo campo y acompañándose con los instrumentos, cantaban de repente las alabanzas de un héroe muerto delante de su cadáver, inmortalizando de esta manera su nombre y su alma (1). Sus canciones eran la mejor recompensa para las hazañas de un valiente, el consuelo en la última hora, y el requisito necesario para el tránsito á la otra vida.

La segunda clase, llamada *Breitheamh* ó *Brehoms*, se componía de legistas. Estos bardos promulgaban las leyes, cantándolas á manera de recitado ó de canto monótono, poniéndose para ello en un paraje elevado, y sosteniendo la voz con una especie de bajo ejecutado en el arpa. En adelante tuvieron el doble oficio de jueces y legisladores.

Los *Seanacha* ó bardos de tercera clase eran anticuarios y genealogistas; conservaban en la memoria los acontecimientos notables, y en verso la genealogía de sus protectores.

Además de estas tres órdenes había otra inferior de bardos *instrumentistas*. Estos bardos tenían cinco títulos diferentes, según el uno ó el otro de los cinco instrumentos que tocaban; pero su título general era el de *Oirfidigh*, y acompañaban los cantos de las tres clases superiores.

Esta es la clasificación más precisa que podemos hacer de los bardos, especialmente de las Galias, suelo clásico de tales poetas y can-



lores antiguos. Sin embargo, en este país es en donde menos vestigios han quedado de ellos; pues á pesar de haberse retirado todos á la Armórica, última provincia que nunca fué completamente sometida á la potencia romana, no se sabe más sino que la existencia de los bardos armoricanos estuvo íntimamente ligada á los druidas. Como la institución del bardismo haya existido en pueblos diferentes aunque de origen común con la Galia céltica, cuales son el país de Gales, Irlanda y Escocia, vamos á dar de él más pormenores, principiando por el punto más cercano á la antigua Francia, esto es, por el principado de Gales, pueblo gélcho (*welsh*), llamado por los ingleses Cambró-Bretones, siendo este país donde más se perfeccionó aquella orden, donde estuvo más organizada, y en donde por más tiempo se conservó.

Por las tradiciones del país de Gales ó Cambria se sabe que la existencia de los bardos es antiquísima en la Gran-Bretaña, atribuyéndose su fundación á Tydan, inventor del canto y de la música, personaje fantástico ó puramente mitológico, y padre igualmente de las

musas. Su institución en este país se enlaza originariamente á la mitología céltica.

Poseyendo los bardos en un principio el espíritu pacífico y conciliador de los primeros druidas, no podían tomar parte en la guerra; y bastaba que uno lo hiciera para que se entendiese abjuraba de su condición ó dignidad. Pero el tiempo y la fuerza de las circunstancias trocaron esta condición apacible en batalladora, y ya el bardismo perdió su sencillez primitiva. El bardo cantó primero las deidades de la mitología druidica; mas luego que triunfó el cristianismo y desapareció el culto idólatrico y los misterios de los bosques sombríos, cantó los himnos de la iglesia y la salmodia de la religión que vencía. Los himnos de David se sobrepusieron á los de Osán, y los preceptos del Edda callaron cuando habló el Evangelio; la cruz substituyó á la encina venerada.

Entre los primeros bardos galeses ó gélchos que reverenciaron los misterios y adoptaron los dogmas cristianos, se cuentan varios, cuyos nombres han llegado hasta nosotros llenos de celebridad y fama; tales son Aneurim, Llywarch, Taliesim y Merlin ó Myrddim de quien tantas cosas y cuentos se refieren.

Sin embargo, los bardos y el clero cristiano no estaban en aquella época en la mejor armonía, pues intolerantes los sacerdotes del Evangelio, hablaban encolerizados contra aquellos hombres que preferían la sensualidad del ritmo de la música profana á la monotonía severidad del canto sacro; en tanto el bardo Taliesim manifestaba el desprecio que le inspiraba la ignorancia de los primeros monjes, diciendo: «No saben distinguir lo que es crepúsculo de lo que son los primeros rayos de la aurora, ni conocen la dirección de los vientos, ni lo que mueve las ruidosas agitaciones del aire.» A pesar de esto Taliesim decía: «Ayúdeme Cristo y esté conmigo.» El bardo Merlin mirando igualmente de mal ojo á los tales monjes, decía resueltamente: «No quiero los sacramentos de mano de esos hombres de ropas negras; adminístreme el mismo Dios los sacramentos.»

Bastó por lo tanto el que el bardo Merlin tuviese tanta ojeriza á los ignorantes monjes de su tiempo para que le hiciesen pasar por hechicero, si ya no fué la causa de ello sus muchas y raras predicciones que tanta celebridad le dieron en la edad media. Estas predicciones tenían por objeto la nueva venida del rey Artús ó Arturo, cuyo reino habían destruido los sajones; el rey Artús debía dar la libertad á su país oprimido, y revivir la nacionalidad bretona. Los bardos cámbrios se trocaron por esta causa en una especie de profetas como los de los hebreos, anunciando un Mesías que vendría á libertarlos, y Merlin fué el principal de ellos, cuyas profecías estuvieron por mucho tiempo en boca de los demás bardos. La siguiente poesía es traducción de una de ellas:

Canto profético de Merlin.

Día vendrá en que una sus varones
De Gales el país, y un eco solo
Y un solo corazón impere en ellos.
Entonces las naciones
Que nos oprimen, perderán su gloria,
Y dejarán el yugo nuestros cuellos;
Y huirá el pagano; — siempre en la pelea
Contad con el laurel de la victoria
Aunque sangrienta y peligrosa sea.

—
Arrójense los cámbrios al encuentro
Como el oso feroz de la montaña,
Para vengar la muerte de su padres.
En poderoso centro

Haces de acero muéstranse sus lanzas:
Ninguno sepa sino herir con saña,
Ni cuide de salvar amigo ó deudo
Cuando suene el clarín de las venganzas.

—
Todos á hacer con cráneos de Germanos
Sus copas de festín vayan bríosos,
Y dejen inhumanos
Mujeres sin esposos;
Déjen sin caballeros
Sueltos al campo los bridones fieros;
Y hambrientos cuervos sigan á bandadas
El paso de los incitos guerreros. (1)

Queriendo el rey Hoel-le-Bon reorganizar la existencia antigua del país de Gales en el siglo X, formó un cuerpo de legislación en donde hay una parte considerable que pertenece á los bardos, la cual por lo notable y curiosa merece que la reñamos.

(1) Luceno, *Farsalia*.

(4) *Cambrian Register*. 4796.

El bardo no debía ocuparse de otra cosa que de su arte. Había catorce personas con derecho á sentarse en la mesa del jefe, contándose entre ellas dos bardos: el bardo de familia, llamado *Teulu*, cuya situación era semejante á la de los bardos parásitos, que dice Posidonio tenían los reyezuelos galos, y el bardo del escano ó sitial, llamado *Cadeiroc*, especie de poeta coronado, y príncipe de los bardos, como hubo después un rey de los ministriles. La condición del bardo *Teulu* tiene una importancia particular en el código de Hoel, pues dice (1): «El bardo poseerá una tierra libre; el rey le dará una vestidura de lana y la reina otra de lino. En las tres fiestas principales se sentará al lado del prefecto de palacio, á quien toca ofrecerle el arpa para cantar (etiqueta muy honrosa para el bardo de familia). Cuando se pida el canto principiará el bardo á quien corresponda el derecho del sitial á cantar, primero las alabanzas de Dios, después las del rey en cuyo palacio esté, y si allí no se encuentra para ser celebrado, entonará las alabanzas de otro rey. Luego que el bardo del sitial haya cantado, el de familia empezará el tercer cántico diferente de los dos primeros. Si la reina quisiese oír algún canto, el bardo de familia está obligado á entonarlo, aunque á elección suya, pero en voz baja y como al oído para que no se moleste la corte.»

Los emolumentos del bardo *Cadeiroc* eran los siguientes: «Cuando el bardo del rey vaya al botín con los servidores reales, tendrá el mejor toro de la presa, si les canta; y en el día del combate estará obligado á entonarles el himno de la monarquía bretona. El rey le dará un tablero de marfil, y la reina un anillo de oro.» Y según otra versión un arpa (*Cleaur-seach*) «que no cederá á persona alguna ni regalada ni por el dinero.»

«Conducirá á la presencia del rey al hombre que injurie á otro, y á toda persona que necesite de su auxilio.»—Prerogativa muy en armonía con la dignidad de sacerdote pacificador que el bardo tenía en los principios.

«Si el bardo pide algún favor al rey, que entone un cántico; si á un hombre noble, tres; y si á un plebeyo, que cante hasta la noche.»—Singular disposición! esclama un escritor. ¿Querrá la ley manifestar con esto que el bardo no es solo el hombre del príncipe, sino que el poeta pertenece á todo el pueblo?

Veamos la importancia que tenía el bardo en la pena impuesta por el mal que se le hacía. «La injuria hecha al bardo de familia está tasada en seis vacas y en ciento veinte dineros; y su muerte se estima en ciento veintiseis vacas.» Multa es esta sumamente crecida si se atiende á la que se pagaba por otros personajes, según la tarifa de la ley cámbrica.

Las leyes germánicas, y entre ellas las de los ripuarios, establecen penas análogas á las anteriores: «Todo el que hiera la mano de un arpista, pagará cuatro veces mas que por cualquiera otro.»

El *Cadeiroc* ó príncipe de los bardos estaba mejor considerado que ninguno por la ley cámbrica. «Ha de recibir doble parte del botín: la tendrá también doble en los regalos del rey y en los que se hicieren por el casamiento de la hija de su jefe; y recibirá ciento veinticuatro dineros de todo cantor que dejando la cuerda de seda ascienda á cantor áulico.

El harpa estaba también incluida en la ley como el bardo. «El harpa del jefe de los bardos vale ciento veinte dineros, tanto como la del rey.» Una ley exceptuaba el harpa de la almoneda que se hacía del ajuar á la muerte del poseedor. En fin, el uso de dar la investidura á un bardo por medio del harpa se conservó por mucho tiempo, siendo un derecho feudal, como se vé en los títulos de algunas tierras, concebido en esta forma: «*Cythere argente dispositio pertinet ad hanc baroniam*,» esto es, el derecho de conferir el harpa de plata pertenece á esta baronía.

La orden de los bardos fué reformada por Gryffyd-ap-Cynan, príncipe de Gales, hacia el año de 1080, con objeto de corregir no pocos abusos que se habían introducido en ella; y así continuó durante algunos siglos hasta Eduardo I, encontrándose en todo este período bastante número de pequeños gefes cámbricos que eran también bardos, y de los cuales aun se conservan algunas poesías. Se vé por lo tanto que ya la condición de guerrero estaba unida á la de bardo.

Así seguían siempre estos cantores, sin dejar de alimentar esperanzas de independencia, y reproduciendo de cuando en cuando las respetadas profecías de Merlin, para mantener latente el patriotismo cámbrico, hasta que la atroz conducta de Eduardo I los hizo ahorcar en masa para libertarse de unos hombres que tantos temores le causaban. Pero si no es cierto, como algunos pretenden, que hiciese en los bardos tan espantosa carnicería, sin duda alguna dió principio á la persecución que, continuada por sus sucesores, ocasionó la destrucción completa de aquella institución.

En los principios del siglo XV un gefe cámbrico insurreccionó por

última vez el país de Gales contra la Inglaterra; los bardos entonces apelaron á las poesías proféticas y cantos de Merlin, anunciando que ya había lucido el hermoso día de la libertad para la Bretaña; pero la insurrección se sofocó, y el país quedó para siempre bajo la dominación inglesa.

Enrique IV (1407) prohibió las reuniones de los bardos; Enrique V (1417) las volvió á tolerar, y continuaron hasta los tiempos de Isabel de Inglaterra, que las suprimió enteramente. Pero en 1763 varias personas instruidas del país de Gales, llevadas del amor á las antiguas glorias históricas y literarias de su patria, formaron una sociedad con el fin de dar á luz la colección de sus documentos históricos y poemas gúelchos, y hacer renacer, si era posible, el genio de los poetas y músicos de otros tiempos. Esta idea era ciertamente un anacronismo, pero anacronismo que encontró eco en el corazón de la nacionalidad cámbrica. Las reuniones de los nuevos bardos galeses, por cierta reverencia ó superstición á los usos pasados, se tenían como antiguamente en la cima de las colinas al aire libre y en derredor de algún monumento druidico. En Lóndres se dan á veces conciertos de harpistas galeses en conmemoración de los antiguos bardos gúelchos; y nosotros hemos asistido en Cardigan, año de 1831, á un *esthedod*, en donde los bardos modernos tocaron varias piezas de harpa y *creith* (1), cuyo carácter era el mismo que el de la música de los antiguos cámbricos ó bretones, que aun se conserva en el país.

Hablemos ahora de los bardos de Irlanda. El origen del bardismo en Irlanda es tan antiguo, que se pierde entre las épocas fabulosas de aquel país. Dicese que un rey llamado Cormac instituyó mucho tiempo antes de la introducción del cristianismo diez cargos para otras tantas personas que no debían apartarse de su lado; y entre ellas aparece en primer lugar un druida, y en tercero un bardo para cantar las acciones de los reyes antepasados. Cada noble tenía también además de un druida, un bardo, cuyas funciones estaban dotadas con tierras que eran hereditarias en las familias, como las mismas funciones que desempeñaban. Sea esta organización obra del citado Cormac, ó bien institución de las primeras tribus irlandesas, es lo cierto que la profesión de bardo fué hereditaria; pero un derecho tan absurdo estaba sin embargo corregido con la prescripción de que cuando un bardo moría, no se transmitía su dignidad á su primogénito, sino á aquel varón de su familia que demostrase mas genio para la poesía y la música.

Luego que el cristianismo se estableció en Irlanda, desaparecieron los druidas como en las otras partes; pero la orden de los bardos conservó todas sus prerogativas, con la única diferencia de que en vez de dirigir sus himnos á Eso, su divinidad principal, reverenciada bajo la imagen de una encina, los dirigieron al Dios de los cristianos.

El bardo irlandés no era inclinado á las profecías como el del país de Gales, y se contentaba solo con celebrar el pasado y las glorias fabulosas de la antigua Erin ó Isla Verde, como llamaban á la Irlanda. Todo régulo ó gefe de tribu tenía á su servicio uno ó mas bardos, que eran como maestros de coro; cada bardo de estos podía tener bajo su dominio treinta subalternos, y cada subalterno otros quince para acompañarle en sus cantos.

Los bardos irlandeses eran también heraldos ó reyes de armas como los Kerukes de Homero. Su carácter pacífico y conciliador en un principio era respetable y sagrado aun para los mismos enemigos: si se presentaban en medio de dos ejércitos en el momento de ir á acometerse, y aunque se hubiese empezado la pelea, se suspendía para escuchar sus proposiciones.

El bardo irlandés ha sido también objeto de las leyes, como lo fué el del país de Gales: sus vestidos y los de su mujer se tasaban en tres vacas, precio bastante subido para aquella época (2).

Continuando, pues, el bardismo reverenciado en Irlanda como lo era en otros países, la preponderancia de sus individuos llegó al extremo mas escandaloso. Colmados en todas partes de honores, riquezas y poderío; revestidos de privilegios extraordinarios, y poseedores de dos artes que tanto influjo tienen sobre el hombre, la música y la poesía; y respetados por los grandes y por el pueblo, los bardos se hicieron insolentes y su corrupción intolerable. ¡Notable semejanza la de estos bardos con esas instituciones que la fuerza de la civilización ha destruido en España!

Sus riquezas eran inmensas, y escusivos é irritantes sus privilegios: las mismas tierras que se les regalaba, fueron consideradas como sagradas y exentas de todo tributo. Además de estas posesiones tenían también los bardos el derecho de ser mantenidos á expensas del estado durante la mitad del año. Iban á demorar á donde mejor les parecía. Bajo el reinado de Hugo tuvieron la arrogancia de pedir

(1) *Leges wallie ecclesiastice et civiles Hoelboni*.—Londini 1750.

(1) Instrumento de arco, de seis cuerdas.

(2) Walker, *Historical Memoirs of the Irish bards*, 49.

ornamentos como los que el rey llevaba sobre su traje. Injuriaron á la nobleza, y se hicieron culpables de mil escesos. Su número se aumentó hasta el punto de componer la tercera parte de la nación. Las artes morían por falta de operarios, y la agricultura por no haber labradores. Finalmente, el rey se vió obligado á convocar en 580 una asamblea nacional cuyo objeto principal debía ser la estincion de la orden de los bardos; pero se redujo á disminuir considerablemente su número y privilegios, y á desterrar á los mas culpables.

La irrupcion de los daneses á mediados del siglo IX detuvo en Irlanda los progresos de la inteligencia, y redujo el pais en breve tiempo á la ignorancia mas profunda. Estos bárbaros destruyeron todos los colegios de bardos y quemaron sus libros. Los bardos que pudieron salvarse se escondieron en los bosques ó en las montañas; otros fueron hechos cautivos.

Después de la espulsion de los daneses, los graves daños ocasionados por éstos los reparó O'Brien Boiromh, muerto en 1014. Este rey restableció los colegios de los bardos, y abrió nuevas academias y bibliotecas, cuidando especialmente de la música por ser músico él mismo. El harpa de O'Brien figuró mucho políticamente en la historia de Irlanda del siglo XI (1), pues llevada á Roma permaneció en poder de los papas hasta el siglo XVI. Roma entre tanto la confió á Enrique II como señal del derecho que le asistía sobre Irlanda, pues esta isla debía someterse al poseedor del harpa y la corona de O'Brien. Después el harpa se envió desde Roma á Enrique VIII, como defensor de la fé, cuyo rey, dice un historiador, no supo merecer este título por mucho tiempo, y desde esta época solamente fecha el que la Irlanda tenga un harpa por blason y por símbolo.

Se cree que el harpa teutónica, depositada en el colegio de la Trinidad de Dublin, es la de O'Brien. Después de haber pasado por un gran número de manos, fué á parar á las del *Righth Honourable*, William Cunyngham, el cual en 1782 la depositó generosamente en el museo del indicado colegio.

A semejanza de los *Juegos florales*, creados mas tarde (1525) en Tolosa de Francia, habia una antigua costumbre en Irlanda y Escocia, y era que los bardos en un certámen aniversario recitasen sus poemas y compitiesen en el mérito poético y músico. Las canciones que merecian la preferencia eran dignas de conservarse, se enseñaban cuidadosamente á los niños para trasmitirlas de este modo á la posteridad. La serie de estas canciones formaba la historia tradicional de los caledonios. Todo esto es tambien aplicable á los bardos galeses, quienes (dice Pecchio) eligieron el monte Snowdon para su Parnaso, y creían que todo el que se durmiese allí, despertaria inspirado.

El título de bardo, tan reverenciado antiguamente en Irlanda y en el pais de Gales, decayó de su importancia en el reinado de Isabel de Inglaterra (1565); porque aborreciendo ésta el imperio que aquellos cantores conservaban en el ánimo de los gefes de la nación, les quitó todos sus privilegios, confiscó sus bienes, y reducidos muy luego á una vida errante como la de los últimos ministriles, las leyes inglesas los trataron como vagabundos.

Los bardos antiguos se sustituyeron en Irlanda con mendigos ciegos, que pasaban la vida entonando canciones y componiendo otras nuevas, pidiendo pan á los labradores del campo, en vez de tomar asiento en la mesa de los reyes. En 1736 vivia en Londres un tal Maguire, mendigo, ciego, músico, cantor, poeta, fiel al culto y á las tristezas de su patria, y fué el último de los bardos de Irlanda.

Pocas líneas bastarán para hablar de los bardos de Escocia, siendo estos en todo semejantes á los anteriores. Representaban como ellos ya el papel de mensajeros de paz y concordia, y ya el de cantores belicosos. Si un peregrino llegaba al hogar del bardo caledonio, antes de preguntarle su nombre le daba hospitalidad y lo sentaba á su mesa; y si anunciaba la guerra, subia entonces á la montaña inflamando con sus cantos el ardor de los valientes. Después de la victoria, sentado el bardo cerca de su caudillo sobre el cesped ó la maleza al rededor de un tronco ardiendo, celebraba su gloria y la de sus mayores.

Entre todos los bardos de la Caledonia, el nombre del mas célebre que ha llegado á nosotros es el de Osián. La Irlanda ha disputado á la Escocia la propiedad de este poeta, y su reclamacion no parece justa si se atiende á que Fingál, padre de Osián, vivió casi siempre en las islas Hébridas, y á que existe en una de ellas, llamada Staffa, la célebre y admirable gruta ó caverna con el nombre de Fingál.

Es cierto que se conocen unos cuantos poemas atribuidos por largo tiempo á Osián; pero los trabajos de muchos críticos han hecho conocer que casi todos son obra de la superchería de Macpherson, quien dió como auténticos del bardo los que él habia confeccionado de fragmentos tradicionales, teniendo la habilidad de retocarlos y alterarlos. Con este motivo dice un escritor que la superchería mas in-

signe fué el retraducir Macpherson en dialecto gálico el testo inglés que habia publicado, creando de este modo un original embustero, sacado de una copia falsificada.

Discutida, sin embargo, esta interesante cuestion literaria por Villemain y otros escritores de nota, se puede fallar, que si bien no son auténticos los poemas presentados por Macpherson, la poesia osiánica existió ciertamente; pues ni él ha podido crearla en el fondo, ni inventar las costumbres bosquejadas en tales poemas, cuya memoria se ha conservado por la tradicion.

No es nuestro objeto hablar aquí del carácter triste y melancólico de la poesia bárdica. La personificación del verdadero bardo caledonio se encuentra en Osián. Figurémonos verlo en un guerrero ya anciano, ciego, el postrero de su raza, que se levanta á tientas por la noche porque sintió el roce de las armaduras de sus abuelos, colgadas en los desmantelados salones, ó creyó escuchar la voz suspirante de ellos en los ámbitos del edificio; que lleno todavía de estro poético, descuelga su harpa del lado de sus armas, y canta privado de la luz al ruido del torrente, las proezas de su padre y de Fergus su hermano, la muerte de su hijo, las hazañas de su juventud; y celebra los banquetes y los combates de los dias venturosos que ya no tornarán.

Queremos no obstante presentar como una débil prueba del carácter de la poesia bárdica, la traduccion de un canto del norte, cuyo original tiene toda la sombría amargura de los del hijo de Fingál.

El harpa rota.

Oye tú, que en tus cuerdas cien veces,
Desde el fondo del bosque sombrío,
Repetistes el cántico mío
De afanosa, perdida ilusión;
Harpa fiel, apagóse tu acento
Y murieron tus cantos de gloria,
Mientras llena de afán la memoria
Busca en vano tu plácido son.

Turbio el cielo y helada la noche
Mi postrero claror de esperanza
A romper esos nublitos no alcanza
Y á la vez que tus ecos huirán;
Y con ellos huirá mi ventura,
Y de penas el alma oprimida
Pronto rota, ¡oh! mi harpa querida,
A par tuyo mi alma será.

Terminaremos la noticia de Osián presentando un diálogo que manifiesta bajo la forma mas interesante y sencilla la lucha que debió sostenerse en la Caledonia entre los bardos y los misioneros cristianos. Encuéntrase ya Osián sin padre, sin hijo y sin amigos, y quieren hacerle adoptar una creencia nueva. El anciano bardo se vé obligado á aceptarla porque la aceptan los demas; solo se permite murmurar algunas veces....; se queja de que le hagan ayunar, y de que le atormenten con antifonas y campanas, porque cree que no valen tanto como los cánticos guerreros de su juventud. Osián manifiesta un dia su mal humor á san Patricio, tenido por el apóstol de Irlanda, y este como diestro misionero quiere oírle sus cantos; Osián aprovechándose de la condescendencia de Patricio, le recita con placer las proezas de su juventud y las grandes hazañas de Fingál. Patricio entonces le interrumpe bruscamente diciéndole que Fingál está en el infierno; pero Osián lleno de noble firmeza le responde: « Si vivieran los héroes de mi tiempo, le arrancarían del infierno á pesar de tu Dios, ¿Crees tú ciertamente que trate Dios de esa manera al magnánimo Fingál? Pues bien, Fingál es mejor que él, pues si tu Dios estuviese cautivo, Fingál le libertaría! » (1)

VI.

MAESTROS CANTORES.—JITANOS MÚSICOS.

Una tribu musical, compuesta la mayor parte de artesanos y que tomó el título de *Meister-Sänger*, maestros cantores (2), existia ya en Alemania en el siglo X, colmada de privilegios por el emperador Otón I y por el papa Leon VIII. Estos *maestros cantores* se extendieron mucho por la parte occidental de la Germania, y supieron atraerse la atencion del pueblo alemán por mas de cinco siglos. Cantos sagrados, poesias eróticas, otras sobre asuntos históricos y populares, y mas tarde los dramas heróicos, eran los frutos de su musa. El que sabia componer al mismo tiempo la poesia y la melodía se llamó *Meister maestro*.

(1) *Mis Brooke, Relicks of Irish poetry.*

(2) *Tractat von der edlen Kunst der Meister-Sänger, von Adam Paschmann. 1572.*

(1) Walker, *ibid* 64.

La ciudad de Maguncia era, por decirlo así, el centro ó universidad del canto maestro, y en donde se conservan los estatutos y privilegios de la asociación; pero los principales puntos de la misma eran

de la época que no estaban tan prostituidos. Esto sin embargo no impedía que fuesen los músicos y cantores mas diestros, de los cuales quedan aun varios restos notables, que con el nombre de *U-Mu-*



Strasburgo, Ulma, Augsburgo y Nuremberg. Esta sociedad perdió mucho de su nombradía en el siglo XV, porque tambien se echó á perder, pero volvió á recobrarla á fines del mismo, gracias á los esfuerzos de Hans Sachs, zapatero de Nuremberg; de manera que floreció aun por todo el siglo XVI. Estos maestros cantores han desaparecido en estos últimos tiempos á consecuencia del rápido vuelo que tomó la música en Alemania, país cuyos individuos son esencialmente armonistas; pero su memoria tendrá un lugar señalado en las páginas que hablan de Herder, de Mozart, de Hayen y de Beethoven.

Hay todavía otra clase de tocadores y cantores ambulantes en varios puntos del norte de Europa, la cual se compone solamente de familias jitanas. Esta raza vagabunda, bastante conocida entre nosotros, y en especial en nuestras provincias meridionales, por su destreza en ser los hombres cuatrerros y las mugeres decidoras de la buena ventura, y confeccionadoras de maleficios, segun la creencia vulgar, goza en Rusia, en la Moldavia, la Valaquia, la Alemania y otros países, además de esa mala reputacion, de otra que no tiene en España, y es la de haber entre ellos sobresalientes músicos. Los jitanos andaluces, que son el verdadero tipo existente entre nosotros, se hacen notar por su viveza, por sus ocurrencias y chistes y por sus jaleadas canciones, como son, el polo, la caña, las playeras, etc.; pero los jitanos que recorren las frias comarcas de la Hungria y los campos nevados de la Rusia, son tambien músicos y poetas. Las canciones y baladas populares que cantan en lenguaje rommani, que es el originario de la raza, les dan una grande importancia entre las gentes de aquellos países. Provistos del violin, su instrumento ordinario, del clarinete, de la cobra, que es una especie de bandurria de cuerdas dobles, tocada con una pua, del nay ó especie de salterio tudesco, y del *moscala* ó *haborn-sip*, que es á modo de pifano, caramillo ú oboe, emprenden sus largas correrías cantando y bailando por las aldeas y poblaciones notables. Al llegar á los pueblos sientan sus reales en las cercanías, pues les está prohibido recorrer las calles, sin duda para que no tengan ocasion de ejercer la principal de sus habilidades. Se ven entre ellos individuos, que no conociendo ni una nota de música, improvisan en el violin algunos pasages, cuya dificultad daría que hacer á los instrumentistas mas hábiles.

En la edad media estos jitanos quisieron asemejarse á los ministriles, recorriendo los castillos, y entonando las cántigas y los serventesios; pero sea por la fama de rateros que han tenido en todos tiempos, y de que todavia disfrutan, no fueron admitidos por los barones, ni merecieron las atenciones de las castellanas orgullosas, que tenían mas confianza en los demás cantores ambulantes

giar en Rusia, y de *Ziganner* en Alemania, son los depositarios de las viejas tradiciones del país, de sus cantares y de sus danzas primitivas.

MARTINEZ DEL ROMERO.

ESTUDIOS SOBRE LAS COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

CUADRO SEGUNDO.

¡ Cuando el rio suena !

(Continuacion.)

Don Diego. Pero señor, ¿ cuándo llegamos á los sucesos ?

Sotopardo. Ahora: mas sin las esplicaciones ni VV. comprenderian sus causas y efectos en el órden moral, ni se cumpliera el propósito de esta sociedad.

Aconteció, pues, que estando ya ella y yo en el apogeo y paroxismo de la pasión, lograra Mendoza, Dios sabe con qué trabajos, esfuerzos y hasta supercherías, que se le concediera la licencia para casarse, único requisito que esperaba para pedir, segun las formas habituales, la mano de su amada, y consumir aquella disparatada unión. El bueno del hombre corrió con la real órden en la mano, y rebotando júbilo por todos sus poros, á los pies de Matilde, á suplirla que le permitiese hablar á su madre: ella que por una parte estaba resuelta, como no podia menos de estarlo, á adquirir casándose una posicion social, si no elevada, por lo menos mucho mas respetable de lo que esperar le era lícito; y que por otra tenia con respecto á mí formado un plan irrevocable, respondió á Mendoza, que ni pareciera bien, ni aconsejaba la prudencia que él mismo pidiese á su novia, y que no teniendo en Madrid parientes, era natural y decoroso que yo fuese el encargado de tal comision, pues que, á mayor abundamiento, nadie podría tampoco ser mas á propósito que yo para captar la benevolencia de Milagros.

Sabia muy bien la diestra Matilde que su madre, con quien por lo que respecta al noviazgo obraba de acuerdo, no habia de oponer dificultades á lo que tanto deseaba, y entonces por sus celos mas que

nunca: sabía igualmente que Mendoza tendría mas dificultad en encargarme tal comision que á ningun otro hombre; mas por lo mismo se lo propuso.

En vano el cándido novio habia ocultado mis sarcasmos y mis raciocinios contra aquel enlace: Matilde los adivinaba, ya por el conocimiento que de mi carácter y de mis ideas tenia, ya, y esto equivocadamente, suponiendo mi oposicion efecto de la pasion que sabia me inspiraba, aunque yo hasta entonces procuré ocultársela.

Las premisas produjeron la consecuencia que ella esperaba: Mendoza, con medias palabras y necias disculpas, trató de disuadirla de aquel pensamiento: insistió primero Matilde, y por último hizo de manera que su enamorado la rogase que fuera ella quien conmigo se entendiese.

Háganse VV. cargo detenidamente de la situacion: Matilde, de acuerdo con Mendoza, ó mas bien á ruego suyo, iba á citarme para hablar conmigo largamente; y la entrevista habia de ser completamente á solas, pues que habia de ignorarla Milagros por el momento, y el novio no osaba asistir á ella.

Plan mas hábil, fria y clinicamente combinado no salió nunca de cerebro diplomático.

Y en efecto, puestos enteramente de acuerdo los dos futuros cónyuges, vino Mendoza á mi casa cierta mañana, y de pié, sin dejar el sombrero ni mirarme á la cara, dijo:

«Compañero: Matilde tiene que hablar con V. á solas y despacio de un asunto importante. Esta tarde sale su madre de casa: váyase usted por allá, que yo estaré en la esquina y le diré cuándo encontrará el campo libre.»

Pronunciadas esas palabras, y sin aguardar respuesta, dió Mendoza media vuelta á la izquierda, y oíle bajar dos á dos las escaleras, como si encarnizados enemigos le siguiesen. El pobre mortal (dijomelo despues) temia que adivinando yo de qué se trataba le abrumase con sermones ó á pullas le abrasara el alma. Engañóse, empero; fué tal mi asombro, mi estupor mas bien, al recibir aquel mensaje y por semejante conducto, que en minutos ni estuve capaz de proferir palabra ni de coordinar siquiera mis ideas. Escusaré á ustedes la relacion de mis cavilaciones durante las horas que tardó en sonar la señalada, y yo en acudir al parage de la cita, donde puntualísimo Mendoza, me dijo:

«Ya ha salido la madre: suba V. descuidado, que yo silvaré tres veces de este modo (silvó en efecto) con anticipacion bastante para que salga V. sin ser visto.»

Mientras el novio decia de esa manera, mirábale yo con esa atencion estúpida habitual en el ignorante cuando le hablan por vez primera en un idioma desconocido, es decir, escuchaba sin comprender, casi sin oír sus palabras.

Porque yo tambien sabia que Matilde me amaba; porque yo, señores, presentia que de aquella entrevista iba á resultar ó la ruina de las esperanzas ó la anticipada deshonra de mi compañero; y aunque no con moralidad bastante para dominarme, aunque con pasion sobrada para resistirme, horrorizábame hasta el punto de embrutecerme, el aspecto de aquel hombre cómplice en la obra inicua de su propia infamia.

No obstante, el vértigo de la pasion triunfó, y triunfó fácil y prontamente de los honrados escrúpulos de mi conciencia; y cuando llegué á la estancia de Matilde y la vi, mas bella que nunca pareció á mis ojos, no quedó en mi alma otro sentimiento que el del infernal deseo que ella me inspiraba.

No es ya para mis años pintar á la hija de Milagros tal como en la tarde á que me refiero la vi: su trage era tan elegante como sencillo; su magnífico, ondulante, negro cabello, formaba en torno de su linda cabeza un marco encantador, del cual se destacaba el rostro animado por una tinta roja que el palpitante deseo encendia, y alternaba con cierta palidez, efecto de los temores inseparables de aquella entrevista; sus negros ojos húmedos, casi cerrados, irradiaban una llama abrasadora; su aire, en fin, lánguido y voluptuoso....

Don Antonio. Señor Brigadier, señor Brigadier; alto ahí, que la pintura va siendo demasiado viva.

Don Diego. Si digo yo que estos militares....

El Redactor. Por el cielo santo, señores, que son VV. los mas inexorables censores que he conocido. ¿Cómo hemos de comprender los efectos, cómo de buscar el antidoto, si no se nos describe el veneno con sus propios y naturales caracteres, tales como ellos son en sí? Si el vicio, si el crimen, se presentaran al hombre en su genuina intrínseca deformidad, claro está que no serian peligrosos: pero sucede precisamente lo contrario: vulgar es la metáfora, pero exacta: el camino de la virtud está erizado de precipicios, sembrado de abrojos; su angostura y oscuridad rechaza á unos, y desalienta á otros.

¿Qué sucede con la senda del vicio? Que parece ancha, espaciosa, llana, y de fácil acceso; sembrada de flores, llena de encantados

oásis, de plácidas fuentes, de frescas sombras; por eso atrae á sí concurso numeroso.

Verdad es que en el término de la primera está la bienaventuranza; verdad que en la segunda el piso minado, las flores envenenan, los oasis se convierten en ardientes llamas, la sombra mata, las aguas corrompen. Sí, todo eso es verdad; pero ¿quién desconfía de lo bello, quién no huye de lo agreste, si no se le advierte el riesgo?

Preciso es, pues, que se pinten como son las cosas; y el brigadier eso ha hecho y no más.

Don Diego. Hay algo de cierto y bastante de exageracion en lo que V. dice, señor Redactor: pero á bien que hablamos entre gentes ya formadas, y que si alguien leyese estas conversaciones, se hará cargo de que no se escribieron para niños ni mucho menos.

Continuada la conversacion en el mismo tono por algun tiempo, suspendióse el cuento de Sotopardo hasta la próxima tarde.

XI.

Prosiguen las hazañas de la madre y de la hija.

Viages, negocios y sucesos que al público importan poco, hicieron al redactor de estos Estudios interrumpir su trabajo durante algunos años; y debilitada con ellos la memoria, aunque merced á notas con esmero tomadas, le sea posible proseguir la narracion pendiente, no alcanzará á escribirla con la minuciosidad que hasta aquí lo ha hecho, sobre todo en la parte relativa á las reflexiones de los concurrentes á la casa de don Antonio.

Desde ahora, pues, y quizá al lector no le pese, suprimiendo, en general, los accidentes de la conversacion, refiere el redactor en forma de relacion la historia comenzada, que prosigue de esta manera:

La hija de Milagros esperaba á Sotopardo con no menos impaciencia que aquel anhelaba verla á ella. De Matilde se habia apoderado una pasion del mismo género de las de Fedra por Hipólito, ó de Safo por Faon; pasion fisica, pasion de enérgico, de esas que poniendo en ebullicion la sangre, someten una existencia á sus leyes, pero que no subliman el alma, sino que por el contrario la degradan. Trocados los papeles, la muger aspiraba á la posesion del hombre; éste era el que luchando con su inclinacion procuraba resistirse. Pero ¿quién á la edad y en las circunstancias de don Carlos se hubiera resistido mucho tiempo? Ni la naturaleza humana, ni la educacion moderna de nuestro sexo producen la castidad del hijo de Teseo ó del de Jacob. Sotopardo, pues, antes de haberse podido dar cuenta á sí mismo de la situacion en que se encontraba, era ya de Matilde y en sus brazos la tenia.

Pasados, empero, los instantes de la primera embriaguez, dijo el galán á la dama:—Y bien, Matilde, ¿cómo vamos ahora á significarle al pobre Mendoza su desdicha?—¿Estás en tí? replicó ella con asombroso aplomo. ¿Qué necesidad tiene ese babieca de saber lo que pasa, Carlos mio?—Pues no sé yo, volvió á decir Sotopardo, cómo hemos de hacerlo; porque él me espera, sin duda para saber cuándo pido tu mano, para él se entiende.—Cabal: dile que mañana.—Pero mañana llega pronto, y entonces....—Me pides á mi madre, en efecto.—¡Ah! ya entiendo: tu madre niega su consentimiento....—Al contrario: lo concede y dá las gracias encima.—Pues entonces....—Nos casamos.—¿Quién?—¿Quién ha de ser sino Mendoza y yo?—¿Y yo, Matilde, y yo?—Y tú, vida mia, serás lo que eres....—¿Conque tú insistes en casarte con Mendoza?—¿Pues no!—Antes os haré á él y á tí mil pedazos, Matilde, tento entendido.

Mientras con toda la violencia de los celos, con toda la energía de la honradez pronunciaba Sotopardo esas palabras, mirábale la hija de la gitana de hito en hito, con una espresion de sincerísimo asombro, mezclada á cierta inevitable satisfaccion de orgullo que experimienta toda muger siempre que vé estimada su posesion por el favorecido amante. Sin embargo, como su pasion ya hemos dicho que nada tenia de platónica, y como á mayor abundamiento no se habia educado con ideas de escrupulosa moralidad ni mucho menos, pareciale que don Carlos la hablaba hebreo. Así, pues, al cabo de algunos segundos de silencio tomó la palabra, y con la severidad mas completa, con aquel tono natural y sosegado, propio de quien la mas clara razon sostiene, dijo:

«Entendámonos, Carlos: tú no te has de casar conmigo... No me contestes; ni quiero oír de tus lábios, ni tampoco que trates de engañarme: tú no te has de casar conmigo, lo repito, ni yo te querría para marido. Y si no me caso, ¿qué será de mí, pobre, en la situacion en que me encuentro, y con unos padres como los que tengo? No me queda mas arbitrio que la miseria y la prostitucion: para la primera no sirvo: la segunda repugna á mi orgullo. Mendoza es de

«buena familia, joven aun y ya capitán: tiene algun caudal, poco talento, buena indole, gran docilidad, y está ciego por mí. ¿Qué proporción mejor puedo esperar? Me caso, pues, con él, y á ti te quiero porque me gustas; mas para marido no sirves.»

Al oír Sotopardo tan cinica arenga, aunque criado en los cuerpos de guardia y en los campamentos, aunque casi misántropo por carácter, aunque prevenido, y no favorablemente, con respecto á la familia de don Fadrique, quedóse atónito, confundido, fuera de sí, como el hombre que inopinadamente cae de grande altura sobre un cuerpo blando, que no se estropea pero sí se aturde. Y á la verdad que el discurso de Matilde valia la pena de admirarse; porque con tan cortos años y con tanta hermosura parecia incompatible corrupción tan profunda, y sobre todo tan friamente lógica, tan lógicamente infame, como la que sus frases revelaban.

Trasladar al papel el violento altercado que tuvieron los dos amantes en consecuencia, no solo seria prolijo, sino además ocasionado: baste, por tanto, la ligera muestra que del carácter y moralidad de la hija de Milagros hemos dado, y el conocimiento que de Sotopardo tenemos ya, para que el lector adivine lo que por respeto á él mismo le callamos.

En resumen: ni caricias, ni razones, ni aun amenazas bastaron á que Matilde desistiera de su propósito; y ya Sotopardo, exasperado, llegó á decirle:

—Pues bien, Matilde, si en tal te empeñas, no volveré á verte en mi vida. —Hasta mañana, replicó ella con descarada coquetería. —Haré mas; iré á Mendoza y le revelaré lo que entre nosotros media. —Y no te creerá, ó si te cree será hasta que yo pueda hablarle; y entonces... parece que no le conoces... entonces le haré ver que lo blanco es negro. —Es posible, pero con tu madre la partida ya es mas igual: á ella no lograrás engañarla. —No por cierto, ni lo intentaré. Mi madre te creará con media palabra que la digas, y tanto mas, cuanto que ya está celosa de mí como una furia. —¡Ah! por fin di con el medio de contenerle. —Buen medio por cierto. Mira, Carlos, una de dos: ó mi madre, por lo mismo que está celosa, apresura mi boda para salir de mí, y entonces nada consigues... —O yo consigo, y no me será difícil, que no te deje cometer esa infamia. —No lo conseguirás. —¡Bah! ¡Bah! —¡Fátuo! ¿Cuentas con el amor de mi madre? No digo yo que no esté encaprichada por ti; lo está y mucho: pero no conseguirás tu intento. —Lo conseguiré aunque sea á costa de continuar mis relaciones con ella. —No las continuarás, porque te sacaría yo los ojos si tal hicieses; pero, en todo caso, ni aun así. —¿Piensas asustarme con fanfarronadas? —Te digo que no se atreverá á contrariarme, y si se atreviese... Pero no se atreverá. —Lo veremos. —No lo intentes, Carlos: soy capaz de todo. —Vuelvo á decir que lo veremos: conozco á tu madre y sé que no teme á nadie. —Mas que á mí, porque sabe que soy su hija, es decir, incapaz de dejarme pisar. —¿Pero qué has de hacerle? —¿Qué te importa? —Matilde, adios: te digo que no te casarás con Mendoza.

Al pronunciar Sotopardo esas palabras, vió, con la sorpresa que era sobrado natural esperar, que se entraban por las puertas de la habitación en que estaba, Milagros y el cuitado de don Carlos el Bueno.

—¿Y por qué no ha de casarse conmigo, traidor, desleal? Esclamó furioso el engañado novio.

—Calma, le interrumpió Milagros, quitándose al mismo tiempo los alfileres de la mantilla; calma, y no demos escándalos inútiles: hablando se entienden las gentes.

Antes de proseguir, expliquemos la inesperada peripecia á que hemos llegado.

La primera conversacion entre Matilde y Sotopardo fué larga, como lo son las primeras entrevistas á solas entre amantes cuando están poniéndose de acuerdo; la segunda, no corta, que es el comun achaque de las disputas, y como el pobre Mendoza no pasaba el tiempo por su parte agradablemente, ni mucho menos, hicieronle eternas las tres horas que entre uno y otro diálogo consumieron. Sin embargo, su naturaleza paciente de marido predestinado le hizo soportar con heroica constancia el prolijo planton: mas eran tales á lo último de él su cansancio y mareo, que olvidándose de la prudencia, en vez de pasearse de uno á otro extremo de la calle, apoyóse en el quicio de la puerta de la casa misma donde tan mal le estaban tratando, y allí se quedó como enagenado.

Así, ya al anochecer, que era la hora en que ordinariamente acudia Sotopardo á ver á su jamona, sorprendió al infeliz novio su futura suegra, que con paso diligente, y esperando llegar antes que su amante, regresaba al hogar doméstico. Ver Milagros á Mendoza como petrificado, y adivinar en la estúpida candidez de aquel rostro de bienaventurado que era víctima de alguna diabólica astucia de Matilde, fué movimiento súbito é instintivo. Trabóle, pues, del brazo, y preguntóle imperiosamente qué era lo que allí hacia, por qué

no habia subido, dónde estaba Sotopardo. Ante la presencia de aquella muger, de cuya decision pendia su destino, volviendo en sí del letargo en que estaba, solo para ser víctima de un vértigo de otra especie, el triste capitán creyó que Milagros no venia de la calle, sino que de su casa bajaba, y que por consiguiente era inútil tratar de ocultarle cosa alguna. En tal concepto confesó de plano la verdad de las cosas, tal cual él la creia á lo menos; pero como Milagros sabia á qué atenerse en punto á la timidez de su hija; como estaba, y no podia menos de estar, completamente de acuerdo con ella en cuanto á su enlace con Mendoza, inesperado y gran favor de la fortuna para entrambas; y como, en fin, los celos la tenian ya sobresaltada de antemano, á media palabra comprendió todo lo que pasaba, es decir, que Matilde habia dado una cita á su amante por medio de su novio. Si de Sotopardo no se tratara, Milagros quizá, y sin quizá, habria admirado lo ingenioso de la invencion, y contribuido á su buen éxito: mas aquella flecha que iba encaminada al punto en que su alma era mas sensible, tocó en el blanco, hiriéndole tan dolorosamente, que olvidando la jamona por un momento su habitual prudencia, dijo á Mendoza:

—¡Pobre hombre! sígame V.; y con ligereza admirable en sus años, subió la escalera, abrió la puerta de su casa con llave y pica-porte que al efecto llevaba, y penetró sin ser esperada en la estancia de su hija.

Su cólera era inmensa, casi rayaba en la desesperacion (trátase de una muger que frizando en los límites de la vejez, vé huirse un amante cinico y joven); pero, sin embargo, en lo estérno nadie adivinaba la violenta agitacion de su alma.

Al oír la interpelacion de Mendoza, Sotopardo, acercándosele, poniéndole las manos sobre los hombros, y fijando en él sus penetrantes ojos, contestó:

—¿Por qué no se casará con usted?... Porque yo no quiero.

Y en seguida, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, y silbando entre dientes un toque de ordenanza, se puso á pasear de uno á otro extremo de la sala.

En cuanto á Matilde, sin levantarse del sofá en que voluptuosamente estaba recostada, no obstante la disputa, sin variar de postura, sin que en su rostro y ademanes se advirtiese la menor turbacion, le dijo á su novio:

—Déjele V. decir: nos casaremos y tres mas que son cinco. —Y seguidamente á su madre: —Tiene V. razon que los escándalos para nada sirven; pero mas fácil es no provocarlos que tratar de evitarlos una vez provocados.

Con tales frases y una miradita de vibora que á morder se preparaba, contestada con otra de basilisco venenoso, se declararon la guerra aquellas dos dignísimas rivales, mas dignas aun del estrecho parentesco que las enlazaba.

Aquí, por segunda vez, y siempre por respeto á consideraciones de moralidad, compendiamos en pocas líneas una escena de violencia, de cinismo y de procacidad, de esas que no son para espuestas al público.

Las esplicaciones eran inevitables: Mendoza las pedia con derecho y con calor: aquel hombre era necio, incapaz, nacido para víctima de todos los que engañarle se propusieron, mas no bajo, y mucho menos dispuesto á aceptar á sabiendas la infamia. —¿Cuántas veces acusa el mundo de tolerar su deshonra, á desdichados que solo son culpables de una invencible ceguedad moral! —En fin, Mendoza queria esplicaciones; Milagros las exijia igualmente; y Matilde tarareaba, y Sotopardo silbaba en respuesta.

Semejante método de conversar, poco placentero para el que no lo emplea, exaltó los ánimos de los desairados, que comenzaron á prodigar las injurias á sus contrincantes; estos á su vez perdiendo los estribos, tomaron parte activa en el diálogo, de modo que al cabo de diez minutos, la discusion tocaba en los límites de la riña descarada é insolente.

(Continuará.)

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

Oracion espeditiva.

Un devoto lleno de cristiana sumision, temiendo pedir á Dios alguna cosa injusta, se contentaba con pronunciar todas las mañanas y las noches, las 24 letras del alfabeto, y añadir despues: «Hélas ahí todas, Dios mio: arregladas como mejor os plazca.»

MADRID. Imprenta del SEMANARIO E ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.